

Su propio llanto el silencio.
 Izazaga, agonizante,
 Repetía: "no aflojemos"
 A poco unos estandartes
 En el monte aparecieron,
 Y eran, anunciando triunfos,
 Las tropas del gran Morelos.

ROMANCE DE TRUJANO.

En el rancho de la Virgen,
 De Tepeaca á media legua,
 Aislado y como perdido
 En las llanuras inmensas,
 Está Valerio Trujano
 Esforzando su defensa.
 Le acometió Samaniego
 Con cuatuplicada fuerza;
 Pero él, que para la lucha
 Sus enemigos no cuenta,
 Resiste, mata, y destroza,
 Redoblando su entereza.
 Veinte horas, y más de veinte
 Dura la lucha sangrienta,
 Hasta que al fin Samaniego,
 Con el alma de ira ciega,

Por todas partes el rancho
 Con combustibles incendia.
 La lid signe entre las llamas,
 Y de humo entre nubes densas
 Se oyen hondos alaridos
 De los que heridos se quemán.
 Se hunden tronando los techos
 Y se desgajan las piedras,
 Los cuerpos de moribundos
 Con lienzos de pared ruedan.
 Trujano, entre los horrores
 De la catástrofe, impera,
 Sereno, terrible, augusto,
 Del valor con la grandeza.
 Al fin las llamas se extienden,
 Al fin el fuego se arrecia,
 Y la asfixia diezma gente
 Que muere, y no en la pelea
 "Salgamos," dice Trujano,
 Al derrumbarse una puerta;
 Y entre llamas y entre escombros,
 Arrollando cuanto encuentran,
 Como torrente de lava
 Cuando ígneo volcan revienta,
 Se precipita Trujano
 Venciendo la resistencia;
 Y cuando más empeñados
 Sus enemigos le cercan,

Vió que se quedaba su hijo
 De las llamas siendo presa.
 Se vuelve, entónces le hieren,
 Sigue peleando pié á tierra,
 Y á herirle tornan de nuevo,
 Y por reluchar se esfuerza.
 Su sangre corre á torrentes,
 Vacila un punto y flaquea,
 Y viéndole derribado
 La furiosa soldadesca,
 Su cadáver despedaza
 Y con sus restos se ceba.

Así pereció Trujano,
 De heroismo dando pruebas,
 Y así orgullosa la Patria
 Su memoria recomienda,
 Para que de otras edades
 Modelo y ejemplo sea.

ROMANCE DE D. LEONARDO BRAVO.

Gracia clamando Venegas,
Y sus esbirros perdon,
Para adormecer del pueblo
El desatado furor,
Sacrifican insurgentes
Con redoblada pasion,
Lo mismo que suele astuto
El mañero cazador
Cubrir de yerba las redes
Que á las aves preparó;
Pero rompiendo disfraces,
Se anuncia la ejecucion
Para don Leonardo Bravo
Y sus compañeros dos,
Que á su entrada el cruel Calleja
Cual trofeos exhibió.

Bataller tuvo en la causa
 Inícua delectacion,
 Y un nuestro paisano infame
 A Bataller excedió.
 La ciudad está de duelo,
 No suena alta ni una voz,
 La tropa se está reuniendo
 En severa formacion,
 Desde Palacio al Ejido,
 Donde el tablado se alzó,
 Para hacer con vil garrote
 Más dura la ejecución.
 De trecho en trecho se mira,
 Agrupada con pavor,
 La gente en las bocacalles;
 Se hace y deshace reunion,
 Al mirar á las patrullas
 Llegar con aire feroz
 De pronto, que se suspende
 Se anuncia, la ejecución;
 Que el Virey á don Leonardo
 El indulto prometió,
 Como someta á sus hijos
 Al yugo del español
 Bravo ni un punto vacila;
 La propuesta rechazó,
 Y prosigue su camino
 Con serena decision:

Piedras y Pérez le siguen
 Sin jactancia y sin pavor,
 Alzando al cielo sus preces,
 Como cristianos que son.
 Así llegan al Ejido,
 Se escucha sordo rumor
 Don Leonardo, la escalera
 Del cadalso dominó,
 Y levantando la frente,
 Con sosegado valor,
 Clavó la vista en el cielo,
 Y á su verdugo sonrió
 Se sienta, cruje el cadalso,
 Reprime el pueblo un clamor,
 Que se duda si es de espanto
 O de despecho feroz
 Y la tropa silenciosa
 Por su camino volvió,
 Oyéndose de sus pasos
 En las calles el rumor.

ROMANCE DE D. NICOLÁS BRAVO.

Sobre la playa de la mar de Oriente
Se ostenta Medellín; extenso río
Retrata manso su apacible frente
De la arboleda entre el ramaje umbrío:
Un tiempo vive, y al placer ardiente
La juventud entrega su albedrío;
Pero pasa el placer, y queda muerto
El pueblo en medio el arenal desierto.

Bravo, á quien el Palmar vió victorioso,
Con la frente ceñida de laureles,
Del pueblo amante y de su honor celoso,
Custodia al puerto con sus tropas fieles.
Tal Morelos lo ordena cauteloso
Para escarmiento de realistas crueles,
Y Bravo espera, en aparente calma,
De nuevas glorias obtener la palma.

Mas ¿por qué silencioso, por qué inerte
 El adalid se mira y confundido?
 ¿Es éste el Bravo espanto de la muerte?
 ¿Es este Bravo el guerreador temido,
 Que hizo su esclava á la voluble suerte
 Y á quien siempre el peligro encontró erguido?
 Luto es su frente, su mirada llanto,
 Es su pecho un abismo de quebranto.

Alumbra amarillenta una bujía
 En su mesa la letra de Morelos,
 En que el caudillo ilustre le decia:
 "Tu padre don Leonardo está en los cielos;
 "Fué digno de la patria en su agonía."
 Y acaba prodigándole consuelos,
 ¡Cual si al poder humano dado fuera
 Consienta un hijo en que su padre muera!

Vidrioso el ojo, trémulo el acento,
 La voz desbaratándose en gemidos,
 Solo con su orfandad y su tormento,
 Devoraba sollozos comprimidos;
 A veces se fijaba y en el viento
 Se figuró escuchar ecos queridos;
 Y era el viento, y no más, y era el vacío,
 Y era correr indiferente el rio

Accesos de furor, lloros de niño,
 El alma codiciando el imposible,
 Recuerdos adorados de cariño,
 Créencia en lo misterioso y lo invisible,
 Ensueños de la albura del armiño,
 Juntos á lo sangriento y lo terrible,
 Todo fué presa del dolor ardiente.
 ¡Ay! ¿qué será de tí, pobre demente!

Fija un momento la mirada incierta
 En un papel que apénas asomaba
 Por un rasgon formado en la cubierta;
 Le abre, le mira, y al leer temblaba
 Lo que su mente á descifrar no acierta.
 Inflexible Morelos le ordenaba
 Ejecute á trescientos prisioneros
 Que cual rehenes guardan sus guerreros.

Feroz, tremenda al bárbaro coraje,
 Se presenta sonriendo la matanza,
 Para lavar el furibundo ultraje;
 Y pues consuelo el corazon no alcanza,
 El opio venga del placer salvaje
 Que le brinda al despecho la venganza.
 "¡Sangre por sangre! grita, esta es la suerte;
 "¡Españoles, temblad! ¡venganza y muerte!"

“Al alumbrar la aurora venidera—
 Dice—“que todos sin piedad espiren.”
 Conduce el mensajero la órden fiera,
 Manda que de su estancia se retiren
 Los de su guardia, y á la luz espera,
 Y ha prohibido severo que le miren,
 Porque el dolor terrible le sofoca,
 Y tiene miedo de su mente loca.

“No, no perecerán; ¿daré la vida
 “Al padre á quien adoro, con que sea
 “Del mundo mi memoria maldecida?
 “Pero ¿yo permitir que el mundo vea
 “Sin castigo la saña aborrecida
 “Del que en este martirio se recrea?
 “¡Anatema al tirano! El mismo infierno
 “Tuviera compasion de mi amor tierno.”

“Mirando estoy, “¡oh padre! tu cabeza
 “Que acaricié mil veces con mis manos:
 “Con reverencia amante y con ternera
 “Viendo estoy á tu lado á mis hermanos,
 “Del quebranto sintiendo la fiereza.
 “¡Ah! no, no puede ser; venid, tiranos,
 “Y en la horrible hecatombe que presento
 “Comenzad á mirar vuestro escarmiento.”

Así luchando, en íntima fatiga,
 La noche fué pasando hora tras hora,
 Y el profundo dolor nada mitiga.
 Por fin, despliega tímida la aurora
 Entre blancos celajes luz amiga,
 Y la alta cima de los montes dora.
 “Todo está listo ya,” dice un soldado,
 Y Bravo sale de su estancia armado.

En fila extensa, junto al ancho rio,
 Esperan los dolientes extranjeros
 Llegar la mano del destino impío.
 Rasgan el aire acentos lastimeros;
 Bravo no es dueño ya de su albedrío,
 Habla su corazon, y “¡Prisioneros!
 —Clama en resuelto y conmovido tono—
 “EN NOMBRE DE MI PADRE, YO OS PERDONO.”

La augusta Libertad sublime brilla
 Derramando doquier sus ricos dones;
 El llanto que bañaba la mejilla
 De los de Bravo fuertes campeones,
 Es derrota del trono de Castilla,
 Y rebosando amor los corazones
 De los testigos de tan alta gloria,
 A Bravo inmortalizan en la Historia.



SEGUNDO ROMANCE DE BRAVO.

Aquel Bravo generoso,
Aquel garrido doncel,
Espejo de caballeros,
De adalides honra y prez,
Con su valerosa tropa
Manda en Coscomatepec,
Contemplando de Orizaba
El magnífico verjel,
Siendo terror de convoyes,
Pesadilla del Virey,
Y de Águila y de los suyos
El espanto y el Luzbel.
Es su fuerte áspero cerro
Circundado por doquier
De inaccesibles barrancas,
Y fortificado bien.
Castro Ferreño, que quiere
Ceda todo á su altivez,
Manda al Coronel Andrade

Con órden de acometer
 A Bravo, creyendo torpe
 Mirarlo bajo sus piés.
 Fué tremenda la embestida,
 Tremenda la lucha fué,
 Formando arroyos la sangre
 De la altura al descender.
 Tomó el realista á Orizaba
 Con odiosa avilantez,
 Para tornar, y más cauto,
 Sitio formal emprender.
 Renuévanse los combates,
 Más reñidos cada vez,
 Y Bravo en cada embestida
 Quita á la suerte un laurel.
 Por cuádruple fuerza urgido,
 Y ántes que el hambre y la sed
 Se mostraran imponentes,
 El sitio quiso romper;
 Pero su plan temerario
 Nadie lo supo más que él.
 Érase el cuatro de Octubre,
 Y el año de trece fué:
 En la noche las lumbradas
 Mandó encender por doquier,
 Cual tenia de costumbre;
 Pero ordenóse tambien
 Atar á cada campana

Su competente cordel,
 Y un can lazado al extremo,
 El que al quererse mover,
 Repicaba la campana
 Como alegre cascabel.
 Así abandonó tranquilo
 Bravo á Coscomatepec,
 Con despecho y con escarnio
 De las tropas del Virey.
 Águila en la fortaleza
 Fué terror, pantera fué:
 Al Fuerte ciñó el incendio,
 Y de su rabia en la sed
 A los Santos fusilaba
 A imitacion del francés,
 Que en España dió lecciones
 De semejante jaez.
 La Vírgen de Guadalupe,
 Porque liberal se crée,
 Objeto fué de atropellos
 De soldadesca soez,
 Que con eso echó en las almas
 De los rencores la hiel.
 Así Alaman lo refiere,
 Y así por siempre han de ser
 Los serviles sin creencias,
 Sin patriotismo y sin ley.
